

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

● FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

LA CRUZ DEL PEREGRINO

Sorteando abismos escalaba el sendero de la montaña.

Era angosto, escarpado, pedregoso; mas guiaba a las cumbres.

Por él, con vacilante andar, subía un peregrino, abrumado bajo el peso de una cruz.

Palidecía el cielo y ascendían las sombras desde los hondos valles.

Gemía el viento su endecha pavorosa, y el paisaje yermo se tornaba fatídico.

El caminante se dejó caer desfallecido en medio de la senda y murmuró angustiado:

—¡Oh, cuán pesada es la cruz que Dios me dió!... Bien sé que para asemejarnos al Maestro tenemos que llevar cada uno nuestra cruz; pero la mía es muy áspera y dura y yo no tengo fuerzas para arrastrarla más... ¡Oh, Señor, tened piedad de mí y aligerad mi carga! Se quedó dormido...

Una luz grande envolvió la montaña y los abismos.

Por la árida senda bajaba el Redentor.

Llegó al caído y le habló con voz acariciante:

—¿Quieres cambiar de cruz?

—¡Oh, sí, Dios mío...! Soy pobre, estoy cansado; la vida se me acaba... Hace ya muchos años que soporto este peso tan cruel... Con todo, amo mi cruz porque viene de Vos; pero...

—Acércate conmigo—le interrumpió Jesús.

El afligido se vió ante una vasta gruta y escuchó estas palabras del Maestro:

—Ahí están reunidas todas las cruces que en mi misericordia deben abrir las puertas de los Cielos a los hombres; deja la tuya en tierra y escoge la que sea de tu agrado.

Avanzó el peregrino y se detuvo atónito.

Eran innumerables y tremendas las cruces soportadas desde el principio del mundo, y que habían de ser distribuidas hasta el fin de los tiempos.

Durante largo rato fué palpándolas con sus débiles manos y hacía por alzarlas, probando su peso, y las iba dejando.

Allí estaba la cruz de los remordimientos, la de la envidia, la de la ingratitude,

la de la desunión de la familia... La cruz de la enfermedad, la de la humillación, la de la calumnia, la de los amigos traidores y falsos, la del dolor de la persona amada...

Y al dar con cada una de ellas iba diciendo el hombrecillo flaco:

—No, ésta, no; ésta, no... Y ¿ha de ser preciso que cargue con alguna?...

—Si no hay cruz en la tierra, no habrá corona en mi eterno reino— le animaba Jesús.

El peregrino seguía rebuscando, y como, al fin, descorazonado, acobardado, bajase la cabeza, le inspiró la voz dulce:

—¡Mira!

Cerca de él, en el suelo, yacía una cruz misteriosa que atrajo sus miradas y sus brazos.

La elevó hasta sí y suspiró, contento del hallazgo:

—Creo que ésta me será más suave... Pesa un poco; pero todas las otras son horribles... ¿Puedo, Señor, tomarla para mí?

—Tómala— le concedió Jesús.

El peregrino, al colocarla sobre sus hombros, lanzó un grito. Aquella era la suya, la cruz que Dios le había dado en su misericordia, la que él había rechazado como excesivamente abrumadora...

Despertó gozoso y continuó su ruta.

El sendero continuaba áspero y en sombras; pero el cielo rutilaba, constelado de estrellas, como una evocación de los santos y eternos alcázares, donde el peregrino vería florecer en rosas de alegría inacabable el leño de su cruz.

J. Le Brun.

EL REY DEL ESPACIO

La lucha ha sido dura aquella jornada y las bajas numerosas; soldados, oficiales, jefes también han sido el precio de la heroica defensa.

El arrojo decidido del Jefe del Regimiento ha salvado la situación, pero el Coronel ha sido herido de gravedad y el

médico castrense no dá al enfermo más que unas horas de vida.

Lejos de su patria, de aquellas floridas campiñas lionesas; lejos, sobre todo, de su familia, de aquella esposa cristiana y buena como una santa; de aquellas hijas, pequeñas aún y puras como unos ángeles, el bizarro militar, desde el lecho, que en las trincheras le sirve más bien de sudario, les envía los últimos dolores de su cuerpo, los últimos latidos de su corazón.

¡Qué pena van a sentir cuando el inexorable telegrama les cuente con lacónicas frases su muerte! ¡Pero qué desconsuelo tan grande va a ser, sobre todo para ellas, el saber que Cristo, el Redentor de las almas no ha cerrado sus ojos, no le ha dado a besar las llagas de su cuerpo, en medio de esa incertidumbre tan amarga de la agonía!

De pronto, el coronel alza la cabeza y llama al médico militar que a su lado le asiste.

—Doctor, respóndame con franqueza, ¿Cuánto tiempo me queda de vida?

—¡Oh! Tal vez... si las inyecciones...

—No, no; respóndame sin miedo.

—Cuatro horas, mi coronel, si he de hablarle con franqueza.

—¡Cuatro horas no más! ¿Y no habría tiempo de avisar al capellán del regimiento? ¿Y he de morir sin los consuelos de mi Religión?

—¡Imposible!— contesta el doctor moviendo la cabeza.—¡Está en las avanzadas, a 200 kilómetros de aquí!

—Doscientos kilómetros me separan de Jesucristo y cuatro horas de su tribunal! ¡Dios mío, qué lejos te hallas de este moribundo!

Una voz dulce, la voz del teniente Luis, amigo y ayudante del coronel, se deja oír como si fuera la voz del ángel de la esperanza.

—No está tan lejos, mi coronel. ¿Qué son 200 kilómetros para mi aeroplano? Decídmelo que vaya, y antes de tres horas estoy ya de vuelta con el capellán.

El coronel fijó sus ojos sobre el rostro de su amigo.

—Vuela, amigo, vuela en busca de mi Dios, y tenga yo el consuelo de morir como cristiano, y mi familia la dicha de saberlo.

El teniente estrechó entre las suyas la mano de su jefe, y a poco el fuerte aleteo de la hélice hacía palanca en la masa de aire, que aquella tarde parecía

dormir reclinada sobre los campos de batalla.

II

El aeroplano, llevado sin duda o impulso de los ángeles, que iban a presenciar un modo extraño de glorificación de su Hacedor, bebió en menos de cinco cuartos de hora los 200 kilómetros de camino, y al fin, trémulo, cansado de tanto volar, describió una elegante curva sobre el campamento francés, aterrizando cerca de la tienda que servía de capilla.

Luis se dirigió al punto hacia ella, a tiempo que el capellán salía rezando el Rosario.

—Por usted vengo, señor capellán— le dijo el teniente con voz fatigada.

—¿Por mí? ¿Y qué pasa? ¿Algún enfermo?

—Sí, señor; el coronel Ernesto está agonizando.

—¡El coronel Ernesto!...—dijo el capellán algo sorprendido—. ¿Pues cómo? ¿No está en las posiciones de la costa?

—Sí, señor, allí está; pero... mirad el vehículo que os traigo. ¿Os atrevéis a montar en él?

—¿Por qué no? A pie iría yo cuarenta leguas por salvar un alma y cumplir con mi obligación.

—Pues manos a la obra, que el coronel se nos va por la posta.

El celoso capellán entró en la capilla, abrió el sagrario, y Jesús Sacramentado le tendió los brazos para enlazarse a los de su ministro y dejarse guiar.

A los diez minutos el aeroplano hizo girar de nuevo su hélice, comenzó a silbar de placer, tomó carrera por la gran explanada del campamento y se elevó majestuoso por los aires.

¡Qué espectáculo más sublime! Perdidó entre las gasas de nubes que cubrían el cielo; rasgando aquellos jirones de púrpura, que el sol poniente vestía de carmín y de fuego, se dibujaba como un punto negro el aeroplano del teniente Luis. En él iba Dios: iba Jesús Sacramentado, que tomaba posesión por vez primera de los espacios como Rey de la Creación.

Las bandadas de aves que volvían del mar en busca de sus guaridas quedaban atónitas ante aquel espectáculo, entonaban el himno más melodioso que jamás agitará sus pechos y se perdían por el opuesto lado del horizonte, deseosas de llegar a sus nidos para contarle a sus hijos, llenas de alegría, que acababan de ver a su Hacedor. Los espacios, asombrados de tanta dignación por parte de su Rey, teñíanse de rubor y de escarlata, rogándole al sol que detuviése algún tanto su carrera para contemplar más a su sabor la hermosura de Dios. La ciencia humana, ese destello de la infinita hoguera del saber divino, se sentía orgullosa al conducir entre los férreos brazos de su ingenioso mecanismo al que sacó de la nada los mundos con una sola palabra de sus labios.

Y Dios, entretanto, con los ojos fijos en una pequeña habitación y clavados en los ojos moribundos de un hijo suyo, que esperaba impaciente, detenía con una mano, la mano de la muerte para

que no diera tan pronto el golpe sobre su víctima, mientras llevaba en la otra la llave del paraíso, la llave de su gloria.

¡Y que a tiempo llegó! El coronel Ernesto le vió entrar, le adoró con respeto, tendió sus brazos y se estrechó a El con una lazada tan fuerte, tan dulce... ¡Cómo era el abrazo de la eternidad!

A. Risco, S. J.

LA CARIDAD

Un ambicioso, devorado por la sed de lucro, se encontraba en la desesperación, bien que en medio de ella no dirigía sus súplicas a la muerte, sino a la fortuna.

De improviso se abrió la puerta de su habitación, apareció una especie de hada, y le dijo:

—Tus votos han sido escuchados, y serán cumplidos.

—¡Grán Dios!

—Vas a ser rico como jamás lo ha sido hombre en la tierra.

—¿Es posible?

—Tendrás para gastar diariamente cinco millones de pesetas.

—¡Cinco millones!

—¿Aceptas?

—¡Qué si acepto!

—Déjame acabar. El pacto tiene una condición.

—La admito de antemano.

—Te comprometerás a gastar todos los días íntegramente los cinco millones, bajo pena de que, si te queda una sola moneda al dar las doce de la noche, caerás muerto.

—¿No es más que eso?... La cláusula es risible y no me da miedo.

—Entonces, negocio concluído.

—Concluído.

Y nuestro hombre inauguró su nueva vida. Al principio todo iba bien; compró muebles, alhajas, fincas, carruajes, caballos... Los cinco millones cotidianos se iban fácilmente; pero a medida que pasaban los días, la tarea se hacía más difícil. Jugaba... la suerte irónica le perseguía, y ganaba.

Sus fincas le producían rentas tales, que venían a aumentar de un modo lamentable los cinco millones.

Ya no sabía que hacer.

Un día, ignorando de qué modo valerse, arrojó un lío de billetes por la ventana; la casualidad hizo que los recogiera un hombre de bien, que se daba por ofendido de aceptar cantidad alguna hallada.

En resumen, llegó un momento en que, a pesar de todos sus esfuerzos, «el pobre rico» no había podido gastar los cinco millones obligatorios. Aún no habían sonado las doce de la noche, cuando apareció la funesta hada.

—Vas a morir, le dijo.

—¡Perdón!

—¡No, no hay perdón!

—He hecho cuanto he podido por cumplir con mi obligación.

—¿Lo crees así?

—He agotado todos los medios para gastar este maldito dinero.

—Todos... menos uno... el bueno.

—¿Cual?

—La Caridad.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Había leído aquella tarde unas conferencias de un famoso sociólogo belga, en las que comentaba la conocida Encíclica «Rerum novarum». Con magistral palabra, nos presentaba todo lo grandioso de la doctrina social católica, sus aplicaciones prácticas para la vida, sus consejos debidamente meditados, propios de una experiencia de muchas generaciones, y distraído en los recuerdos que esta lectura me proporcionaba, retrasé el sueño, y recorrí mentalmente los pasajes más importantes de las conferencias; los preceptos del Decálogo, las palabras de Cristo en sus predicaciones, las normas que la Iglesia daba por medio de sus Pontífices, tan acertadas, tan prudentes... En estos pensamientos me quedé dormido y empecé a soñar...

Me ví de pronto transportado a un mundo nuevo en el cual se había implantado íntegramente la doctrina católica. En la ciudad de mi sueño extrañaba a primera vista el orden, la armonía y cierto aspecto de tranquilidad y bienestar agradable.

Un ciudadano de aquel paraíso se me acercó atentamente y sin darme lugar a solicitarlo se me ofreció gustoso para acompañarme y darme a conocer los secretos de la ciudad católica.

—Vd. es forastero, me dijo al acercarse, Vd. no conoce esta población, ni tampoco sus costumbres, yo con mucho gusto le puedo acompañar y explicar nuestro modo de vivir y de ser felices.

Aquí todos somos católicos, creemos firmemente en Dios, esperamos con tranquilidad y hasta con alegría la hora en que El quiera llamarnos y mientras tanto, de corazón y con toda nuestra alma vivimos prácticamente el catolicismo. Nuestro Código son los Mandamientos y practicándolos hemos podido suprimir el Código Penal. Nadie habla de derechos sino de deberes para con los demás, lo cual hace que todos nos preocupemos del prójimo antes que de nosotros mismos. No tenemos ambiciones, ni envidias. Aquí no hay hijos rebeldes, ni padres déspotas, ni hogares sin cariño, ni infidelidades conyugales.

No conocemos los crímenes, ni los homicidios. Desconocemos las estafas, los robos, los fraudes en el comercio, ni existen negocios ilícitos. En las empresas se gana una cantidad prudente para poder subsistir patronos y obreros con alguna holgura, y unos y otros, aportando capital o trabajo viven del negocio hermanados en la consecución de un mismo fin.

Tampoco existe la mentira, ni la calumnia, ni se conoce el odio, todos se aman unos a otros, deseándose el bien mutuamente. Si saben de alguna necesidad se apuran a combatirla.

Como consecuencia de este nuevo régimen católico-social, han disminuído notablemente las enfermedades y muchas de ellas han desaparecido por completo. Tampoco existen esas enfermedades que son consecuencia de la vida del

vicio. Son escasísimos los dementes, los paralíticos, los idiotas y débiles mentales, y si hemos conseguido purificar y perfeccionar la raza, cosa que no han podido conseguir las experiencias paganas de los técnicos de sus ciudades.

Tampoco existen asilos donde en el mundo de Vds. arrojan las consecuencias desordenadas del placer, privando a muchos hijos de no poder nunca besar la frente de sus padres ni sentir el cariño de sus madres.

Ni encontraréis mujeres deshonradas, ni presidios tampoco, puesto que no se conocen delitos que merezcan ser castigados.

Somos todos felices, muy felices, aun con nuestras contrariedades y si Dios nos envía alguna penalidad, la recibimos con alegría, por aquello que les dijo un poeta de su mundo... «que Dios castiga a las almas que más quiere».

Y sonrío alegre el cicerone y sigue diciendo:—Todos nos queremos, el odio no existe entre nosotros. Solo sabemos amar. Amar a Dios y a sus criaturas que son imágenes del Todopoderoso.

La muerte es sólo para nosotros un tránsito para gozar eternamente.

Ustedes no saben, me dice, qué gran felicidad es vivir todos católicamente. Ustedes conocen la doctrina, todos la admiran, la aceptan, pero no puedo explicarme cómo no la llevan a la práctica íntegramente. Pidan a Dios que les ilumine las inteligencias, que les abra el corazón a la gran verdad y sepárense un poco de este barro y de estas cosas humanas que les ligan al polvo en que vivimos y del cual estamos hechos y la visión será distinta. Somos polvo y en polvo...

A la mañana siguiente al despertar, volví de nuevo a la vida de nuestro mundo de civilización y de progreso en el que cada día se inventan muchas cosas... para destruirse, para odiarse, alejándose cada día más de aquella felicidad que nos puede proporcionar la fe y el cumplimiento de una doctrina tan sabia y tan perfecta.

R.

UNA VISION

Hay escenas en la vida de nuestro Divino Salvador de una belleza encantadora, al par que de una sublime sencillez. Escenas que dejan en el alma un sé qué de ternura, un dejo de suavísima dulzura. ¿Quién no se ha conmovido al contemplar a Jesús junto al pozo de Jacob? ¿A quien no ha emocionado gratamente el hermoso cuadro que forman Jesús en la barca de Pedro y la multitud escalonada en la ribera, escuchándole con avidez? ¿Quién no siente estremecerse el corazón viendo a Jesús en medio de los niños?

Caía la tarde un hermoso día de Otoño; doraba el sol con sus últimos resplandores el mar inmenso de espigas que se perdía en lontananza; allá en el fondo un grupo de hombres cruza el polvoriento sendero... Jesús de Nazaret

acompañado por los suyos, recorre la Judea predicando. Rendido de fatiga detiénese en un recodo del camino; los suyos le rodean y el Salvador fija sus ojos en el panorama que se ofrece ante su vista; un mar inmenso de espigas que amarillean ya, y arrullan suavemente agitadas por la brisa de la tarde; en el fondo el último grupo de segadores que se aleja... De pie e inmóvil todo lo contempla, su rostro sombreado por su hermosa cabellera de nazareno que flota suavemente agitada por el viento, parece de súbito iluminarse de vívidos reflejos; sus ojos miran más allá, parecen penetrar el horizonte... ¡Oh, sí, mira a través de los siglos!... y hoy nos es dado conocer lo que miraban. Su vista se fijó en el porvenir, y aquellas mieses trajeron a su alma el recuerdo de otra, mil veces más preciosa que él debía fecundar con su sangre; Jesús vió su Iglesia, el vergel escogido plantado por su mano bondadosa, vió a sus amigos fieles desvelarse en su cuidado, los vió esparcirse por el mundo para juntar en las trojes de su Padre celestial las mieses de los infieles...; vióles agrandarse, multiplicarse, trabajar sin descanso; mas... vió que eran pocos... vió a los infieles anhelar por la luz de su Evangelio; los vió tender al cielo sus manos suplicantes; oyó sus gemidos, y su corazón se conmovió; e inspirado de su amor, movido de su clemencia, levantó al cielo sus ojos... Pareció entonces despertar de su letargo, vistiose su rostro de dulzura y prorrumpiendo en un hondo suspiro, exclamó: «La mies es mucha, amados de mi alma, inmenso el campo que reclama nuestro cuidado... mas ¡ay!, son pocos los obreros, pocos son los que escuchan mi llamada, pocos los que ofrendan sus personas y sus vidas al trabajo... rogad, pues, rogad al Padre de quien todo don procede; rogadle que envíe operarios a su mies; rogadle que mueva y persuada con dulzura a los remisos para que quieran trabajar su viña; rogad, amados míos, rogad y vuestro ruego conmovirá su corazón de Padre...»

Dijo el Señor y sus palabras cautivaron a los suyos que mudos y extáticos contemplaban en silencio el dulce aspecto del Maestro.

Los últimos rayos del sol se ocultaron tras los montes, cuando Jesús mirando con ternura a su pequeña grey púsose en marcha, y hablándoles, empezó a adoctrinar sus espíritus sencillos, significándoles el sentido de sus proféticas palabras.

V. Sandy

Antes de exigir nuestros derechos, cumplamos nuestros deberes.

MAXIMA

Hay dos mundos: en uno apenas estamos algún tiempo y del cual hemos de salir para no volver más; el otro viene presto y entramos en él para no salir nunca. El favor, la autoridad, los amigos, la reputación, las riquezas sirven para el primero; el desprecio de las cosas mundanas y la virtud sirve para el otro.—La Bruyere.

LA SANTA MISA

"Introibo ad altare": sale la voz temblando; mis ojos están húmedos, "tristis ánima mea"; mis manos no se atreven a levantar el blando pan de harina escogida que en el altar albea.

Mas dice el salmo: "Spera in Deo vivo et ve-

(ro)",

y el salmo, voz de Dios, me alienta a confiar; y entonces yo quisiera subir a algún lucero, y desde allí a los mundos: "Alleluia", gritar.

"Alleluia", "Alleluia", yo le adoro y le veo, le tengo entre mis manos, "Gloria in excelsis (Deo)",

y en su altar se convierte mi pecho pecador: y al pensar de su espléndido amor en los deli-

(rios,

lloro porque mis manos no son dos blancos li-

(rios,

lloro porque mi pecho no es un ascua de amor.

Fr. Justo Pérez de Urbel, Benedictino.

EL TESTAMENTO DEL GITANO

(CUENTO)

Tenía costumbre el tío Miguel, el de Sedella, gitano por parte de padre, y de madre, de alardear de riquezas y darse más pisto que un marqués. Era negro como el betún, cargado de espaldas, seco, alto como palo de telégrafo y un tantico tartamudo; pero, no obstante todo esto, se creía el mozo de más «partío» que se paseaba por Málaga y sus alrededores.

A pesar de que tenía bastantes canas, no quería darse por vencido, no gustándole que lo llamasen viejo, y permitiéndose echar requiebros a las buenas mozas que pasaban por su lado.

En el mes de agosto tuvo necesidad de ir a la feria de Antequera a «mercar» una caballería, y fué tanto el sol que cogió por esas carreteras, que al llegar a su casita de la calle del Cañaveral, se tuvo que meter en cama con unas calenturas de las peores.

Llorando como una Magdalena, fué la señá «Polilla», que así era conocida la mujer del tío Miguel, en busca del médico de la casa de socorro, diciendo que su hombre se las liaba, que había tomado billete para el otro mundo y que era preciso que el doctor hiciese un esfuerzo y lo salvara, para bien y gloria de sus cinco «churumbeles».

Entró el galeno, le pulsó, le aplicó el termómetro y después de sus observaciones, movió la cabeza como diciendo:—No hay remedio.

El tío Miguel, que no tenía pelo de tonto, verdad que ya le iban quedando pocos de todas clases, hizo un puchero y exclamó:

—¡Ay, señó méico, yo me las guillo sin farta! ¡Por las once mil vírgenes! ¡Jábleme osté con franqueza, por que yo tengo que ponerme bien con Dios y desembrollar mis asuntos!

—No hay que apurarse tanto—añadió el galeno.—Esto no es un caso perdido. Ahora, que cuando uno cae enfermo, conviene arreglar cuentas con Dios y con los hombres.

—Entendío, entendío—agregó el tío

Miguel llorando, acompañándole el coro de su mujer y de sus hijos.

Media hora después el cura de Santo Domingo le había confesado, y acto seguido le dijo a su esposa.

—Mía, Gertudis, allégate por don Besticín el escribano, y cuando venga éjanos solos. Tenemos mucho que practicar.

Gertrudis creyó que su pariente quería hablar con el curial de alguna de las «faenas» que se cargó en vida, para dar de comer a sus pequeños, y que en varias ocasiones le hicieron pasarse unos meses en el «estarivé».

El escribano no se hizo aguardar; cerró la puerta, y entre el tío Miguel y él se entabló el siguiente diálogo:

—¡Gracias a un divé, que ha venido osté pronto, señó escribano, porque yo me siento en las ansias de la muerte!

—No tanto, no tanto.

—Quiero jacer testamento.

—Ahora mismo. ¿Cual es la voluntad?

—Mióste. Yo tengo muchas cuentas que arreglar con el Supremo Señó: en primer término, quiero cuidar de mi arma, que soy cristiano viejo.

—Me parece bien.

—Ponga osté. Quiero que en la Catedral se igan trescientas misas por mí.

—Bueno.

—Item, que en la parroquia de Santo Domingo haya otras doscientas misas por mi sufragio.

—¿Eh?

—Además, que en la Mercé, donde me bautizaron, se igan por mi arma otras trescientas misas.

El escribano soltó el lápiz, se arregló las gafas y preguntó al gitano:

—Oye, oye, ¿pero tanto dinero tienes?

—Ni una perra gorda.

—¿Pero tendrás fincas?

—Nenguna.

—Entonces, ¿de dónde van a salir las misas?

Toma, toma... ¡De la sacristía!...

Narciso Díaz de Escobar.

Correspondencia administrativa

D. P. G. A.—Piedraceda (Lena). Tiene pagada su suscripción hasta fin de junio de 1944.

D.^a R. H.—Cariñena (Zaragoza). Recibido giro postal. Tiene pagada su suscripción hasta fin de enero de 1945.

D.^a M. O.—Avila. Recibido su giro postal de pesetas 25.

D.^a M. B. Vda. de la C.—Madrid. Recibido giro postal de Ptas. 25. Muy agradecidos por su donativo. Tiene Vd. pagada su suscripción hasta fin de enero de 1945.

Solución al Jeroglífico n.º 1:

«ES UN PUNTO FILIPINO»

EL DEBER

El deber cumplido es el que hace al héroe en este mundo; que no es sólo heroísmo el deber que se cumple en los campos de batalla, sino el de todos los órdenes de la vida. Es héroe el labriego que afanosamente riega con su sudor los campos, héroe el obrero que trabaja denodado en la fábrica y el taller, héroe el médico que asiste a los enfermos ineficaces con desprecio de su vida. ¡Cuántos héroes anónimos hay que no han recibido público homenaje a su heroísmo, ni lo recibirán, tal vez, hasta el día de las grandes revelaciones de la eterna recompensa!

Los enemigos que se oponen al cumplimiento del deber son, principalmente, la cobardía, el interés y el egoísmo. El deber es duro, cuesta trabajo, pero ofrece grandes satisfacciones. Dichoso aquel que puede decir con el profeta: «He cumplido con mi deber; espero el premio que Dios me prepara en el Cielo».

ANTIGUA FUNERARIA DE

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia
Moros, 40 — GIJÓN — Telf. 17-20
SERVICIO PERMANENTE

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa

Sellos de caucho

Rótulos esmaltados

Santa Rosa, 4 - Gijón

HOTEL ASTURIAS

TODO CONFORT

GIJON

Plaza Mayor
Teléfono 2205

**CATARROS, TOS, GRIPE,
BRONQUITIS, ASMA.**

La marcada acción estimulante, emoliente, calmante y antiséptica de las plantas de que se compone la Especialidad **HAMON**, n.º 15, tratamiento vegetal conocido ventajosamente por sus resultados en todas partes desde hace 35 años, proporciona una pronta supresión de la tos, procurando la desaparición de sus causas en los casos de gripe, catarros, bronquitis, asma.

Las especialidades HAMON

preparadas en Laboratorios Botánicos y Marinos, Rda. Universidad, 6, Barcelona, se encuentran en las principales Farmacias. (C. S. n.º 4445.)

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 - GIJON - Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INIEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO

Imp. LA VERSAL - Gijón

